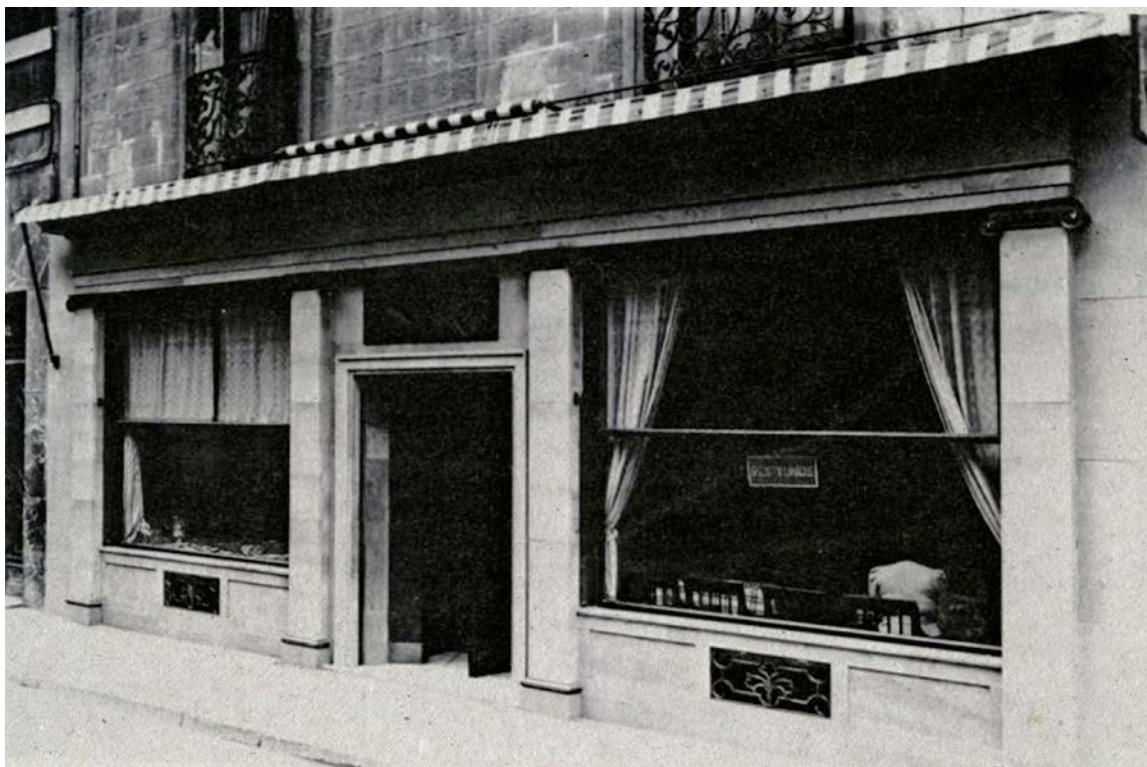


## La utopía de Niké

Rosendo Tello Aína

Vengan muchos nikés a remover todo asendereado provincianismo y a levantar nuevas oleadas de espíritus juveniles.



Fachada del Niké (El periódico de Aragón)

Como el espejo mágico y mítico aquel del Callejón del Gato, también al fondo de Niké, el café zaragozano, había un espejo, testigo mudo de una época. Lo canté en alguna ocasión cuando, al pasar del tiempo, fue adquiriendo en mi recuerdo tensas significaciones. Era un espejo imperitente, ni cóncavo ni convexo, de vago remedo modernista, según creo entender, y colgaba en el muro junto a una ventana interior con el empeño utilitario de llenar un hueco. Si ya no recuerdo mal, quedaba un tanto desplazado hacia la derecha o hacia la izquierda, conforme nos aproximáramos o alejáramos, y lo bastante elevado como para que su pretensión de fugar una realidad, que semejava volvérselo de espaldas, se convirtiera casi en imposible, a menos que nos

plantáramos frente a él y ensayáramos algún gesto de fugitivo aderezo personal.

El Café Niké, emplazado en la denominada entonces calle del Requeté Aragonés, cubría un amplio espacio rectangular, susceptible de ser dividido en dos tramos cuadrangulares. El primero limitaba con la calle por una puerta giratoria baja y largos ventanales que absorbían la luz exterior a través de unas cortinas; un mostrador a la izquierda de la entrada separaba la pastelería-confitería del resto de este espacio, donde se alineaban tres o cuatro hileras de mesas, todas ellas con manteles y con las consuetudinarias bombonas de agua para aligerar gatzates vocingleros. El segundo tramo reducía sus dimensiones cuadrangulares porque

el techo longitudinal correspondiente al de la pastelería quedaba cerrado en su habilitación para servicios; la parte frontal de la derecha parecía compensarse con un entrante de arcada doble, sustentada en un pilar con acanaladuras y minúsculas hornacinas con floreros, también de vago gusto modernista. Tal configuración deparaba relativa independencia con el resto del Café en una atmósfera de tono casi decadente.

Nosotros ocupábamos el extremo de este segundo tramo, en torno a una mesita circular, destinada allá no se sabe a qué ciega sibila, porque quienes venían a ocuparla parecían quedar investidos de los caracteres mágicos que les confería tan privilegiada situación oracular. Las sillas de las mesas adyacentes desaparecían

para engrosar una piña juvenil que escuchaba atenta, rugía y se encrespaba o bramaba y reía a carcajada batiente, gesticulaba como en un escenario cuyos actores representasen para ellos mismos, vueltos de espaldas a un público a veces curioso, a veces distraído, a veces irritado por tan estruendosas escaramuzas verbales.

Solíamos acudir al Café casi todos los días. Las mañanas tenían un encanto especial; el recogimiento, la suave luz tamizada de la calle, el silencio como cernido por invisibles terciopelos, aconsejaban la concentración, y cuantos ejercíamos de universitarios o aprendices de poetas, preparamos en aquel ambiente más de alguna lección o perpetramos más de algún poema. Sobre las doce o una de la tarde, afluían los compañeros y todo despertaba lentamente de su ensoñación matinal. Recuerdo aquellas horas frente a un café con leche, o lo que resultaba más habitual —tal era la permisión connivente de los camareros—, frente a un vaso de agua, como las más gratas y sedantes de mi asistencia a Niké. Con seguridad, el esfuerzo de la mañana y la lenta preparación para la hora ritual de los *prandios* —cálculo a medias entre cuerpo y espíritu— nos entonaban en la moderación confidencial, en el fraseo relajado de la amistad y la comunicación inmediata.

Las mañanas de los domingos las sesiones funcionaban con la asiduidad de los restantes días de la semana; sin embargo, por la tarde, desde las horas del café hasta más o menos el filo de las nueve, resultaba casi imposible congregarse allí. El Café bullía de un público variopinto: industriales, terratenientes, propietarios de fincas rústicas y urbanas, profesores, personajes de las clases liberales (abogados, médicos, farmacéuticos...), matrimonios de las clases medias que se sentaban a tomar el chocolate y a redimir las tediosas modorras dominicales, parejas que allí venían a practicar el deporte amoroso entonces permisible: el fruncido de manitas o el escarceo fugaz que les dejaba con

caras de carneros degollados. Fáciles blancos, en ocasiones, de las chacotas de alguno de los contertulios.

Los sábados esplendían en todo su fulgor nocturno. Hacia las diez empezaban a confluír los nikeanos. Había que ver a Manuel Pinillos reclinado en su hermetismo, alzando de súbito su índice impenitente y admonitorio tras despertar de su ensoñación poética; había que ver a Miguel Labordeta avanzar hacia el fondo, irónico y magnífico, orondo y reverendo, desafiante y rozagante, ladeando su enorme testa a los lados como si intentara sacudirse el ciempiés de algunas miradas impertinentes; a Ignacio Ciordia, el Búho, tras Julio A. Gómez, el Gordo, en el balanceo de sus carnes mofletudas: un Sawa de buida videncia satírica junto a su Latino, capaces los dos de traicionar a Valle-Inclán en sus disfraces de Laurel y Hardy, menos en sus recorridos dantescos por la “*fourmillante cité*” zaragozana. Vierais allí sonar la voz potente y chungona—entre metal y madera— de José A. Labordeta, o las arremetidas llenas de humor salaz y gracia picante de Manuel Rotellar, o las intervenciones conciliatorias de Emilio Alfaro, o el sorbeteo escéptico y carcajeante de Fernando Ferreró, o los hipidos conejiles de Gil Comín, entre el despiste franciscano de Emilio Gastón y la taciturnidad de Raimundo Salas que se le estriaba en sus gafas de “culo de vaso.”

Niké no era una tertulia o una peña en el estricto sentido usual de la palabra. Niké era simplemente Niké. Jamás oí decir a ninguno de los amigos: “Vamos a la tertulia” o “Vamos a la peña de Niké” o “Te esperamos en la tertulia”. En todo caso, tales designaciones, que cuadraban con mayor holgura a las que por entonces funcionaban en Zaragoza, serían utilizadas por quienes no frecuentaban nuestro ámbito. Niké tampoco era la O.P.I., por más que en ocasiones se haya inducido a error a cuantos se han interesado por aquel grupo. La O.P.I. era una entelequia fantasmal inventada por M. Labordeta, sin po-

sible adscripción de espacio o tiempo que no fueran los meramente poéticos. Aunque eso sí; resultó ser no un juego superficial, sino el espíritu de un manifiesto tácito que todos asumíamos.

Ninguna entidad más convencional que Niké; por tanto, nada menos reglamentario, organicista o constitucional. Era la contingencia frente a toda prescripción o necesidad; o, si así se prefiere, la contingencia necesaria y fatal: como la necesidad de respirar frente a toda cerrazón doctrinaria, frente al asedio de las mil caras dictatoriales y confesionales, partidarias o partidistas. Con el espíritu y el humor vivos de Niké había que identificarse o rechazarlos de raíz, lo que sucedió con frecuencia. Su carta de naturaleza se hallaba inscrita en el viento y grabada en las arenas.

En Niké se peroraba de todo lo divino y lo humano, y menos de lo que se pudiera pensar, de literatura, poesía o arte, aunque estos temas constituyeran su profunda razón de ser y estar. Cualquiera motivo se erigía en objeto de chácharas: problemas de política, de literatura, de poesía, de arte, de cine, de deporte, etc. De tan obvio me ahorrará mayor explicitud. Contadas veces se dieron lecturas de poesía o de teatro, pero con tal carga de mortífera sorna acogidas, que no se volvieron a repetir, las críticas resultaban demoledoras, cuando no paralizantes, para quienes no estuvieran dotados del temple que Niké exigía a sus neófitos.

El lenguaje utilizado define a un grupo. En primer lugar: el vocabulario empleado por el grupo. No me refiero al de las obras que por entonces se escribieron, que, por cierto, ofrecerían un índice de frecuencias muy significativo de una manera de encarar el mundo, sino del habla oral. Citaré unos ejemplos corrientes: “cretino”, “hortera”, “nefasto” y toda su parentela de derivados, así como algunos galicismos, “pose” y “epatar”, que corrían de boca en boca. Huelga explicar quiénes eran unos “horteras” o quiénes decían

“horteradas” u “hortereces”, o quién era un “perfecto cretino” o decía “cretineces” o a quién no había que ir con “cretinismos”, o qué obra o película eran “nefastas”, o qué tipo era un “epatante”.

En segundo lugar; utilización casi sistemática del juego y rejuego de palabras, que recibían la denominación parcial e incorrecta de retruécanos y que más bien consistían en toda la gama protuberante de paronomasias o calambures, cuando no de dilogías o equívocos. Títulos de libros o de películas, nombres de personajes y personajillos de la vida nacional y local, anuncios publicitarios, clichés estereotipados, se veían sometidos una y otra vez a muñidos grotescos y estreñidas distorsiones con mayor o menor fortuna, con mayor o menor carga de humor negro. Así, “El día del Seminario” se convertía, frente al azogue lingüístico deformante, en “El día de semen agrio”; quien se iba “por los cerros de Úbeda” eróticos, fácilmente podía caer “por los cerros de uretra”. Los ejemplos más felices —y la lista se haría interminable— se daban en el terreno de la sátira social y personal y, sobre todo, en el de la literaria y sexual.

En tercer lugar: la cita de versos o frases tomadas de la calle o del mundo de la cultura. El término “procrastinante”, arrancado de unos versos juveniles de J. Orús, tuvo fortuna; o aquel “el pavoroso vertido de polvo”, perfecto endecasílabo aliterado, con que E. Alfaro recriminaba desde *La Hoja del Lunes* la conducta poco cívica de algunas ciudadanas; o aquellas frases de una película protagonizada por Tina Pica, que Ciordia reproducía con rasgos desternillantes: “Me negáis el vino, me negáis el pan. ¿Es ésa vuestra caridad cristiana? Apagad esa radio, i-cono-clas... tas...”; o la arenga de un locutor de radio, de inflamado verbo tribunicio: “Aragoneses de pecho duro: hay que ir a la plaza”, que M. Labordeta encajaba a cualquier peatón ensimismado (“Hala, hala, aragonés de pecho duro, etc.”).

Entre los poetas, circulaban ristas de versos que cruzaban las noches de Niké como fosforescentes filacterias ensortijadas, respondidos algunos a coro. Lorca, Vallejo, Alberti y Neruda eran los más saqueados. Así —cito de memoria y sin más comprobación—, “El otoño vendrá con caracolas, uvas de niebla y montes agrupados” (voz semi-en... off: “cojounudo”); “Era domingo en las claras orejas de mi burro (coro:), de mi burro peruano del Perú”; “Me moriré en París con aguacero (coro:) un día de cuya tristeza guardo ya el recuerdo”; “Para que cinco gatos con las orejas cortadas volcaran el vinagre (coro:)... Y el reloj sobre el muerto”; “Rezad, bestias, rezad, que un Dios de inmenso culo (coro:), como el culo del rey os espera”. Lo mismo ocurría con los versos de los amigos, pero casi siempre para ser recitados y zarandeados en los registros de las más extrañas ventriloquias.

““ Niké no era una tertulia o una peña en el estricto sentido usual de la palabra. Niké era simplemente Niké.

”

El anecdotario de Niké podría, por sí solo, cubrir estas páginas. De L. García-Abrines se contaban lances peregrinos, como aquella famosa conferencia sobre la zarzuela que impartió en Jaca —mejor estaría decir que repartió, pues, conforme leía los folios, los iba arrojando sobre un auditorio atónito—, o sus paseos por París, disfrazado de obispo cismático e impartiendo bendiciones a diestra y siniestra. Después de pasar un año en Zaragoza pensionado por los USA para realizar un trabajo sobre la rítmica del Martín Fierro (que, por cierto, obligó a Ciordia a trazar un recuento agotador de octosílabos dactílicos, trocaicos y mixtos), marchó a su universidad de Yale dejándonos aterrados con la esquila de su

defunción. M. Labordeta, P. Marín, Gómez y Ciordia espabilaron la vida canija de la Zaragoza de los 50 y 60 con sus algaradas de “alivio para caminantes”. En cierta ocasión, alguien tildó a Gómez de “imbécil”; Gómez le respondió con los siguientes términos bien descompuestos en todos sus monemas: “Sí, señor, imbécil, que quiere decir no bécil; imberbe, no berbe; infante, no fante... ja, ja, ja, ja”.

Ignoro en qué año exacto se inició la vida de Niké, aunque los indicios apuntan hacia los primeros años de la década de los 50. Parece que el primitivo núcleo había coincidido en la Agrupación Artística Aragonesa, centro que entonces presidía aquel gran personaje que fue Felipe Bernardos, siempre aliado de los de Niké a quienes regalaba con un francés de purísima fonología cruda escrita (“*Tres... charmante*”, “*Tres... jolies*”). Desconozco los arranques de los primeros avatares nikeanos; sin embargo, y a juzgar por lo oído, creo que se podrían trazar tres cortes en su historia. El primero, un corte de iniciación o —con mayor exactitud— iniciático. El segundo, un corte de asentamiento y culminación, que empalmaría sin fisuras con el anterior. Hacia 1966, más o menos, empieza el momento de decadencia con la desbandada y diáspora de muchos de sus componentes.

La época iniciática, según todos los testimonios, debió de ser frenética y delirante. Cuando alrededor del 57 comencé a frecuentar Niké en la compañía de M. Labordeta, no recuerdo que tuvieran lugar hechos tan desafortunados como atestiguan tantos testimonios. Fueron tiempos de eufórica revulsión y de plena esquizofrenia surrealista. Los documentos fotográficos los expresan con la vivacidad de las imágenes: rituales pseudoórficos, ceremonias catecúmenicas, disfraces carnavalescos, exorcismos lanzados contra las simbólicas brujas zaragozanas, iniciación de los poetas catecúmenos en los misterios de la O.P.I.

A M. Labordeta se le ve oficiando con ardor zumbón y serie-

dad bufa, repartiendo hisopazos y bendiciones de pope heterodoxo; le acompañan M. Pinillos, sentado, y de pie M. Rotellar, G. Gúdel, J. Orús, J. A. Gómez, B. Salas, etc. En alguna fotografía se puede contemplar a un neófito que recibe de rodillas el espaldarazo misterioso en su ingreso al aquelarre funambulesco.

En los momentos que yo viví, y que he denominado de culminación, abre Niké sus puertas a una fauna compleja y heterogénea. Al grupo inicial, integrado casi en su totalidad por el gremio poético, se suman ahora nuevos vates incipientes, elementos que empezaban a velar (en su doble acepción) armas políticas, personajes del mundo del cine y del teatro, críticos de varia laya, eruditos y aficionados raros y curiosos, estudiantes de carrera, individuos de los más pintorescos pelajes. Niké se impregna de un mayor contenido social y político, y algunos de sus miembros simpatizan con el partido comunista y no es infrecuente alguna acalorada diatriba en que chocan fuegos de ideología racheada. El segundo lustro de la década del 60 supone, como he anticipado, la diáspora de las gentes de Niké. Algunos emigran, quemando sus naves, fuera de Zaragoza y fuera de España. La muerte de M. Labordeta y el subsiguiente cierre definitivo del Café asestan el golpe mortal a la bohemia zaragozana. Se producirá más tarde, en la dispersión de sus miembros, el afianzamiento de las ideologías latentes en el grupo. Algunos ingresan en el partido comunista; otros, en el partido socialista aragonés, el PSA, y su frente de combate se fortalecerá en el periódico *Andalán*. Muchos marcharán a ejercer de profesores, de abogados, de arquitectos, de pintores, críticos, cineastas, sociólogos, y casi todos ellos de recalitrantes solitarios.

Las circunstancias sociales, políticas y económicas por las que atravesaban los de Niké hacen igualmente difícil, al menos para mí, pergeñar un simple esquema ideológico. No se olvide el vacío absoluto de libertades

políticas y el riguroso estado de sitio que, en cualquier momento, como ocurrió, podía convertirnos en víctimas propiciatorias de la represión; la definición política no era fácil, ni creo, por otra parte, que deba exigirse de cualquier creador una determinada postura política. Todos sabemos ya a qué extremos de caricaturización han quedado reducidos los intentos de instrumentar políticamente una obra literaria o artística, los diversos estratos socioculturales de los que provenían los asistentes a Niké aumentan los riesgos de toda definición. Con todo, se puede afinar que les unió un espíritu de rebeldía y de abierta oposición, sea contra el régimen establecido, contra el medio e, incluso, contra el ambiente familiar.

“ En Niké se peroraba de todo lo divino y lo humano, y menos de lo que se pudiera pensar, de literatura, poesía o arte. ”

La procedencia social ofrece una tabla de filiación heteróclita: burguesía republicana liberal o católica, pequeña burguesía perteneciente a la administración, a la banca, al mundo de la pequeña industria, de los propietarios y terratenientes, de la enseñanza, de la clase militar, del campesinado humilde. Los hombres de Niké eran hijos, pues, de abogados, de profesores, de militares, de empleados de la administración, de comerciantes, de industriales, de terratenientes y de campesinos, etc. Un talante de signo libertario y progresista y un comportamiento anárquico burgués los emparejaba a todos. Por si acierto a explicarme con mayor precisión, yo diría que un izquierdismo republicano liberal o católico flotaba sobre un fondo de pequeña burguesía y de campesinado, indiferentes, cuando no asépticos en principio, pero que con los años despertaría hacia posiciones de un más acusado

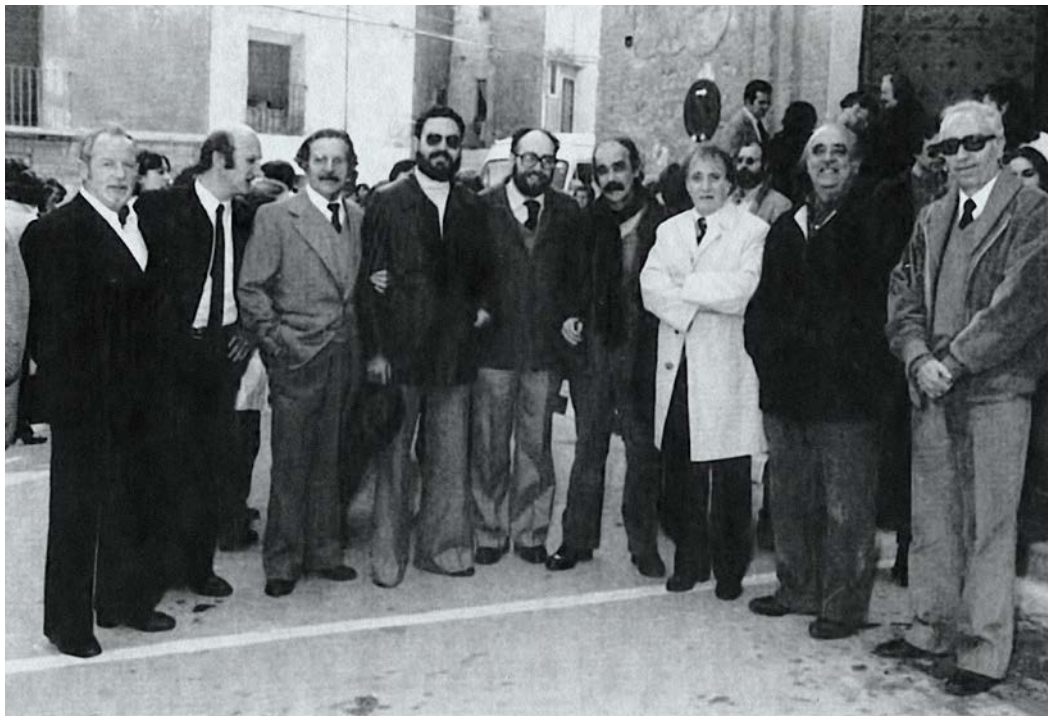
radicalismo político; sin olvidar, para que este contuso panorama resulte más justo, un componente exiguo, representado por un joseantonismo de viejo cuño que tampoco parecía holgadamente inserto en el régimen, aunque se moviera con desenfado dentro de sus cauces.

Muchos habían estudiado carreras universitarias o las estaban estudiando: Derecho, Filosofía y Letras, Medicina, Arquitectura, Ingeniería, Ciencias; otros habían cursado los años del Bachillerato y los de Cultura general, y no faltaban quienes apenas contaban con estudios primarios; algunos venían del mundo oficinesco y de las linotipias. Las condiciones económicas y culturales resultaban muy desiguales: desde los que gozaban de una muy próspera situación hasta los que carecían de los medios de subsistencia más elementales. No obstante, jamás, que yo sepa, se echó en cara a nadie privilegios de casta o de dinero; la esplendidez de unos subvenía, como si se hubiera establecido un pacto tácito, la irredenta penuria de los otros.

Igual que en todo grupo humano, existieron, claro está, proclividades y simpatías y hasta llegaron a producirse inevitables choques ideológicos, que chirriaron cuando un clima de mayor conciencia social iba penetrando por los ventanales de Niké. Eran los años en que el fermento comunista empezaba a remover las conciencias y solicitaba compromisos; eran los años de lecturas bien concretas, que iban de Vallejo a Neruda y Alberti, pasando por Celaya y Otero; de Aldecoa, Sánchez Ferlosio, Buero o Sastre, sin olvidar a Sartre o los escritos de Marx que ya se leían y comentaban con pasión. Valgan estos ejemplos como muestra. ¿Provincianismo? ¿Y qué rincón de España no se hallaba tarado por el más ramplón de los provincianismos?

El grupo no se reducía a una comparsa de poetas, por más que aglutinara a un bloque muy compacto y homogéneo, presidido, además, por figuras muy admiradas. Sus





En un homenaje a Luciano Gracia, de izquierda a derecha: Fernández Molina, J.M. Sesé, C. Alonso, Benedicto L. de Blancas, J.A. Labordeta, Luciano, Manuel Labordeta y Rosendo Tello. Esta foto y la siguiente han sido tomadas de: <http://miguel.lorenzo.free.fr/Beneweb/fotos.htm>

edades respectivas los encuadrarían dentro de las distintas promociones nacionales, desde la llamada Generación del 36 hasta la más joven entonces, la promoción del 65. Las especiales características con que se manifiesta este grupo —aparición tardía de algunos de sus componentes, enorme vacío e intermitencia en las entregas, independencia frente a modos y modas del momento, desatención por parte de la crítica solvente y, digámoslo sin rebozo, ausencia en tantos casos de una auténtica calidad, etc.— hacen de estos poetas un conjunto difícilmente clasificable, si no atendemos caracteres muy específicos que parecen dictados por la tierra de origen.

Simplificando en exceso, digamos que los poetas de Niké se mueven entre dos líneas y maneras de entender la realidad y la realidad del poema:

A) Una visión surrealista que cuenta con explícitos antecedentes aragoneses y que halla en M. Labordeta un excitador y formalizador poderoso. El verso libre, la imagen de corte onírico, la incidencia prosaica con cierto regusto a lo Vallejo, un tinte de celtiberismo visceral, el tono dislocado del poema, siempre de

estructura unitaria. Es una línea que gusta y frecuenta las vanguardias, pero que pocas veces aprovecha su técnica experimentalista o los geometrismos del espacio tipográfico. El mismo M. Labordeta tardará mucho en utilizar estos recursos visuales, como se sabe. De él arrancan los pasos iniciales de I. Ciordia, J. A. Gómez, el que perpetra estas líneas, E. Gastón y J. A. Labordeta.

B) Una visión más realista, más entrañada, en términos generales, con la realidad del momento. De ahí un tono y una expresión más directos, coloquiales y cotidianos. Además, del verso libre, estos poetas se sirven de metros y estrofas tradicionales y su contenido se ajusta más al tipo de poesía social que entonces se estilaba. Es la línea que encabeza M. Pinillos y que siguen, por distintos caminos, L. Gracia, G. Gúdel, B. Lorenzo de Blancas, M. Luesma Castán y R. Salas. F. Ferreró se adentra por cauces más intelectualistas y puros, al modo de un Salinas o un Guillén, con poemas de corte mentalista y alejados de toda estridencia expresiva. Los poetas de la más joven promoción, J. A. Rey del Corral, M. Anós y F. Villacampa, pasan también por Niké. Rey del Corral, asiduo contertulio desde su

extrema juventud inicia allí su obra poética, hoy muy sólida.

Con todo, no se crea —y aviso a futuros navegantes— en la irreducibilidad de estas dos corrientes, que en más de algún caso se entremezclaron en fecundo diálogo y se dejaron impregnar de interinflujo mutuos. Por poner dos ejemplos: la visión surrealista o social a lo Neruda se dará tanto en M. Labordeta como en M. Pinillos, así como el uso frecuente del antipoema. Y el tono y timbre de feroz directismo que se apoya en la temática crítica o sarcástica, coloquial o cotidiana, será casi común a todos. Algunos se sentirán incapaces de someterse a la estrecha regulación del soneto y sentirán rechazo por toda composición rimada o sujeta a metros tradicionales que no sean endecasílabos o heptasílabos.

Niké contó con cultivadores de las más variadas especialidades culturales, literarias y artísticas. M. Labordeta, E. Valdivia y E. Alfaro escriben obras de teatro; Labordeta estrena y publica *Oficina de horizonte*, valiosísima pieza que dramatiza el destino del poeta frente a un mundo hostil; tanto Valdivia como Alfaro, amén de obras extensas, conciben deliciosas piezas breves y farsas, algunas de las cuales,



1965. En la boda de Raimundo Salas, de izquierda a derecha, Felipe Bernardos, Manuel Rotellar, María Teresa, Julio A. Gómez, Raimundo Salas, Luciano Gracia, Rosendo Tello, Miguel Luesma, Miguel Labordeta y Benedicto L. de Blancas.

*Los molinillos* y *Nosotros, los Dickinson*, se verán representadas por actores de Niké. El relato tiene también en Valdivia a un destacado representante con *El espantapájaros* y *otros cuentos* y *Las estaciones*; J. A. Labordeta redacta por entonces unos cuentos mágico-realistas y de gran belleza poética, y Gúdel leerá algunos suyos, densos en su brevedad en las veladas de la Agrupación.

J. Orús, del “Grupo Pórtico”, inicia su recorrido pictórico pasando desde surreales fondos marinos de ondulantes vegetaciones a la muda epifanía de los esplendores astrales; algo más tarde vendría J. Borreguero para experimentarlo todo en pintura con inusitada maestría; M. Gaspar, también pintor, prepara unos deliciosos decorados para las representaciones teatrales que dirige con gran hito otro nikeano, A. Castilla, y García-Abrines publica su obra de collages, *Así sueña el profeta en sus palabras*, de alucinantes visiones surrealistas. El mundo del cine cuenta con un estudioso excepcional, M. Rotellar, y dos realizadores, E. Alfaro y, sobre todo, A. Artero, digno de mejor suerte. Incluso el campo de la sociología y del urbanismo tendrá tres destacados representantes, Enrique Gastón,

M. Gaviria y E. Grilló, jovencísimos aún en el tiempo que nos ocupa. De entre tantos olvidos, que sin duda se producirán en estas páginas, debo en justicia rescatar a una persona muy querida, Manuel Labordeta cuya profesión de hombre de ciencia no logró eclipsar al gran artista de la canción, de la fotografía y del cine que llevaba dentro.

Niké creó sus propios órganos de difusión con el lanzamiento de revistas y colecciones literarias. J. A. Gómez da muestras de incansable actividad: publica una antología de siete poetas aragoneses, funda la revista *Papageno* y dirige la colección *Fuendetodos* de poesía dentro de la editorial Javalambre, creación de Valdivia; J. A. Labordeta dirige la revista y colección de poesía *Orejudín*, y M. Labordeta, *Despacho Literario*, con secciones de literatura, poesía, arte, cine, etc. J. Mateo Blanco, E. Alfaro y E. Gastón fundan y codirigen *Coso Aragonés del Ingenio*, que editará libros de poesía narrativa, teatro y ensayo. Andadura más dilatada tendrán la revista de poesía *Poemas*, dirigida por G. Gúdel y L. Gracia, quien, posteriormente, fundará y dirigirá hasta su muerte.

Lamento tener que liquidar, pasando sobre ascuas, un apartado

que arrojaría muy fecundas consideraciones. El abuelo rubeniano de las barbas encanecidas me señala ahora el retrato del fuerte y vigoroso Quevedo, poeta muy leído y admirado, que venía a llenar el hueco metafísico de tan profundos vacíos, y casi sin solución de continuidad, los de Unamuno, Baroja, Valle-Inclán, A. Machado y Juan Ramón... Y en tantos corazones, Lorca, Aleixandre, Huidobro, Vallejo, Alberti, Neruda (aún no había sonado la hora de L. Cernuda). Valle y Lorca desentumecían los repertorios de los TEU y Machado iba tocando un tembloroso suelo humano, al tiempo que desplazaba a Juan Ramón, por mucho que *Animal de fondo* solicitara inmersiones de abismales sondeos. La rareza, las místicas, los hermetismos, las maldiciones y marginaciones, los exilios exteriores e interiores, la hoguera surrealista y su evasión incendiaria nos quemaban los ojos y las manos. Cómo sonaban y resonaban en el ambiente plebeyo de los 50 el *Llanto* o *Poeta en Nueva York*, *La destrucción* o *el amor*, *Sermones* y *moradas*, *Los heraldos negros*, *Trilce* o *Residencia en la tierra*. El postismo pudo fundirse en nuestros gustos con Hidalgo, Otero y hasta Celaya el del trabucón, cuando

la historia levantaba forúnculos y golpeaba a las arremetidas del ariete político-cívico-social.

Se conocía y se leía a Pessoa, a los simbolistas y surrealistas franceses, a los herméticos italianos, a Rilke, Pound, Eliot... Entre los novelistas, disfrutaban de gran predicamento Joyce, Kafka, Huxley, Sartre, Camus y la *"lost generation"* americana: Hemingway, Dos Passos, Steinbeck, Faulkner, y entre los dramaturgos, Saroyan, O'Neill, A. Miller, Beckett, Ionesco... ¿para qué seguir? Del centro onfálico de Niké, de su núcleo abierto, donde se tenderá a irradiar el espíritu objetivado de una época, debo entresacar un ramillete de algunas de sus virtuales manifestaciones:

**Marginalismo y heterodoxia:** Frente a una tradición que nada tenía que ofrecer y que era preciso inventar; frente a la literatura oficial establecida, sus dogmas y tinglados editoriales; frente a la sociedad y sus fuerzas opresoras; frente a la vida sometida a las más espesas reglamentaciones de una cultura adocenada; frente al mismo oficio de poeta y su moral conformista.

**Compromiso:** Asumido en total libertad e independencia frente a toda manipulación. Saber asumir con conciencia entera el tiempo histórico no estaba reñido con la asunción de otros ritmos temporales —"tiempo sincopado" lo denomina Eliade— que expresaban la libertad creadora en su pureza y sin sabotajes: es decir, un compromiso asumido desde la profundidad radical del ser que lo vive.

**Libertad expresiva y culto a la imagen:** Poesía como realidad total y vida absoluta en la entrega maravillada a todos los azares; arte como resultado autónomo, pero regido por leyes necesitadas de contravenir tanta realidad espuria. No la imagen por la imagen, sino la imagen como ventana abierta a un mundo, al sueño, a la fantasía sin trabas ni fronteras. De ahí la vegetal hiperestesia ante la sacudida de tantos versos, entre lúdicos

y estremecidos por el fuego humano de lo imprevisto.

**Humor:** Como arma disolvente de tanto sentimentalismo fofo y ramplón de la época, contra la cursilería pensante y el conformismo de tufo burgués, contra el conservadurismo apolillado y sin arrestos vitales.

**Idealismo abstracto:** Marca general del creador con que Niké selló a casi todos sus componentes y que los incapacitó para la empresa política y la eficacia práctica, como se comprobaría llegado el tiempo de las experiencias concretas.

## “ Niké contó con cultivadores de las más variadas especialidades culturales, literarias y artísticas. ”

Como contrapartida, justo es declarar para no resultar sospechoso de mitologizaciones, que a la obra de Niké, casi toda ella en marcha, le sobra mucha ganga, mucho alarde de filibustería montaraz, afán exterior en el poeta de sentirse oído más que necesidad de oírse, y mucha, excesiva improvisación a la búsqueda de la genialidad. Al cuidado exigente, a la vigilia templada y al trabajo riguroso se antepuso en tantas ocasiones el gusto por la rareza, la boutade y la manía surrealista que todo lo anegaba en su riada. Lo sencillo (ojo: lo que se expresa sin alborotar el gallinero) no era moneda corriente. Aunque, ¿no estaremos tocando fondo en la manera de comportarse el aragonés?

Niké llegó a ser un catalizador de actitudes vitales, de sensibilidad y de cultura, trenzadas en un temple anárquico contra la gazmoñería del tiempo. El aire mezuquino que respirábamos posibilitó su talante de iconoclastia y heterodoxia radicales. Y, si ha resistido las erosiones del tiempo y ha exigido ser exhumado y resucitado, pese a inevitables determinaciones que ya no le convienen, sin

duda se debe a la asfixia que siempre amenaza a toda creación libre. Hoy podría resultar piedra de toque para comprobar quiénes fueron y ya no son, quiénes suplantaron aquellos ideales por posiciones más utilitarias y calculadas.

¡Espejo de Niké por el que todavía relampaguean tantos sábados de polvorientas orlas! El espejo elevado sobre nosotros para invertir en su silencio la realidad que un día se nos esfumó. Espejo que jamás mereció mención poética y que, con el tiempo, fue adquiriendo para mí categoría de ficción. Con él se me adelantó una teoría sobre el mundo y su irrealidad. Las cosas están ahí, quiméricas, esperando que al situarnos frente a ellas nos situemos, El impulso interior, nuestros sobrantes de alma, repartida entre los mil accidentes de la existencia, hieren sus contornos oscuros y se tiñen de nuestra exasperada intimidación. Pero las cosas callan, evidenciando ya no se sabe si nuestra ceguera o el hermetismo de su silencio espectral. Su desesperante objetividad, su obstinada perspectiva fría de estar ahí con párpados caídos como las estatuas antiguas, ¿no necesitarán, congelando la distancia que ocupa nuestro sentimiento, de ese vuelco de relaciones que tejen la realidad? De puro golpear una realidad, sus bordes se desgastan —o nos desgastamos en el empeño— y la realidad se nos escamotea mágicamente, para venir a ocupar el lugar de la mente o el hueco que nuestro sentimiento de la realidad ha grabado en nuestro interior.

Solo Dios sabe con cuánto esfuerzo, pero también con cuánto amor, he procurado recobrar la vigilia alucinada de aquellas desaparecidas veladas. ¿No me exigiría algún demonio interior que la arrojara lejos de mí, definitivamente? Vengan muchos nikés a remover todo asendereado provincianismo y a levantar nuevas oleadas de espíritus juveniles, y como cada día odio más y más todo pasado, que el pasado entierre a su pasado.